

L
a
E
xperiencia
L
iteraria

AÑO 1 No. 1 SEPTIEMBRE 1993

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

La experiencia literaria

Directora

Eugenia Revueltas

Secretario de redacción

Jaime Erasto Cortés

Consejo editorial

Arturo Souto, Jaime Cortés, Manuel de Ezcurdia,
Jorge López Páez, Marcela Palma, Eugenia Revueltas

Ayudante de redacción

Enrique Saldaña

Coordinador editorial

Eugenio Aguirre

Edición electrónica

Glypho, taller de gráfica, s.c.

Sumario

Presentación	7
Polémica	
Entrevista a José Luis González, <i>Cristina Hernández</i>	11
Ensayo Monográfico	
“En la noche dichosa”, <i>Sergio Fernández</i>	15
Poesía, mística y filosofía en San Juan de la Cruz, <i>Mauricio Beuchot</i>	29
Poesía y misticismo en San Juan de la Cruz, <i>Eugenia Revueltas</i>	35
La poesía mística de San Juan de la Cruz en la Historia Trágica de la Literatura, <i>Alicia Correa</i>	41
Canonización real e invención novelesca: una biografía novohispana de San Juan de la Cruz, <i>María Dolores Bravo Arriaga</i>	53
Vida y creación poética en San Juan de la Cruz, <i>María Andueza</i>	57
Ensayo Vario	
César Vallejo: el estatuto oral de la epopeya, <i>José Pascual Buxó</i>	65
Francisco Pizarro y la creación del héroe, <i>Frank Casa</i>	79
Las Amazonas de Tirso, <i>Berislav Primorac</i>	85
La nueva poesía y el descrédito de los discursos de la racionalidad, <i>Evodio Escalante</i>	95
Creación	
Mirando la niebla, <i>Marcela Palma</i>	105
Concierto para tres visiones, <i>Hernán Lavín Cerda</i>	107
Palabra, si te dijera..., <i>Eduardo Casar</i>	111
Investigación	
Elogio de la calle: Para una geografía literaria de la Ciudad de México <i>Vicente Quirarte</i>	115
Reseña	
Ulises zarpó de Trieste, <i>Vivian Abenchuchan</i>	127
No pasará el infierno, <i>Daniel Zavala</i>	131
Índice de autores	135

Poesía y misticismo en San Juan de la Cruz

Eugenia Revueltas

En una noche oscura
con ansias, en amores inflamada
¡Oh dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada:

a oscuras y segura
por la secreta escala, disfrazada
¡Oh dichosa ventura!
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada;

en la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía,
si no la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
mas cierto que la luz del mediodía,
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que me guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con Amada!
[amada en el amado] transformada.

En mi pecho florido,
que entero para él sólo guardaba,

allí quedó dormido,
y yo le regalaba
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena
cuando [yo] sus cabellos esparcía
en su mano serena
en mi cuello huía
y todos mis sentidos suspendía.

Quédeme y olvideme
el rostro recliné sobre [el amado]
cesó todo y déjeme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

36

La voz poética de San Juan de la Cruz llega a nosotros con todo su poder de seducción, articulada en un discurso amoroso que nos deslumbra, pues no ha perdido nada de su capacidad para establecer vínculos de comunicación, que nos permite, si no a acceder por completo a la experiencia amorosa que el poeta vive, sí a vislumbrar de manera que atisbemos, casi empavorecidos al oscuro prodigio de su experiencia mística, a la expresión de su desmesurado amor por Dios.

En esta época de utopías del placer y del consumo, las apasionadas voces del santo resuenan en nuestro espíritu despertando dormidos ecos; son como saetas que hienden el aire para clavarse en la dura coraza de nuestra indiferencia, de nuestra soberbia, egoísmo o escepticismo y, desarmándonos, nos permiten penetrar, deslumbrados, sorprendidos y atónitos a la concreción poética de una experiencia mística, que siendo inefable, sólo puede ser comunicada a través de los recursos poéticos de imágenes, metáforas, símiles y símbolos.

Leer los poemas de San Juan de la Cruz es como entrar o más bien aventurarnos en un oscuro prodigio que nos conmueve y seduce, seamos o no religiosos. El santo-poeta nos comunica, describe y canta sus raptos de amor a lo divino, que suficientes en sí mismos, nos envuelven en una enrarecida atmósfera amorosa en la que, las exquisitas formas renacentistas heredadas de Garcilaso, se vuelven el instrumento maravillosamente tañido por San Juan para acercarnos a su experiencia mística.

Es de tal manera sublime la poesía de San Juan de la Cruz, que don Marcelino Meléndez y Pelayo dice en *La poesía mística en España*:

“Aún hay una poesía más angelical, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la Forma, y tan plástica y figurativa como los más sazonados frutos del Renacimiento. Son las *Canciones espirituales* de San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, confieso que me infunden religioso terror tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo”.

En la cita anterior, el filósofo español subraya el carácter excepcional de San Juan de la Cruz; pues si bien en su tiempo y como producto cultural de la contrarreforma, la literatura religiosa sea ascética, mística o simplemente de devoción, fue cultivada por un gran número de escritores, con lo cual se articula un cánón de literatura religiosa con sus figuras modélicas, sus constantes temáticas y sus canonizados recursos retóricos; todos estos trabajos constituyen una apreciable masa crítica, pero aquéllos que van más allá del cánón y que crean otras nuevas tradiciones, son por su calidad literaria las obras de excepción que finalmente van a adquirir un carácter dominante. Ahora bien, de los que rompen con las estructuras de los modelos tradicionales y que son algunos de ellos tan buenos escritores como fray Luis de León, fray Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús, fray Juan de los Ángeles, descuella por su belleza, profundidad y singularidad de su obra poética, San Juan de la Cruz, y es precisamente por esa acabada belleza, esa justa medida, ese recurrir a las formas bíblicas para renovarlas y hacer de ellas algo inaudito, pues eso es lo que hace San Juan, cuando da un nuevo sentido a la tradición bíblica. Él estructura un discurso amoroso en el que sus constantes, tales como la atopia del amado, la búsqueda, la desesperanza ante la ausencia del amante o la placentera paz del encuentro amoroso se van articulando en una escala, en la que la lengua del amor profano es el maravilloso instrumento del amor divino. Dios, es el más perfecto objeto del deseo del poeta, aquél que se busca por las cuevas, bosques, ríos, laderas, sean las imaginadas del interior espiritual o las plásticas del mundo externo, para finalmente encontrarlo y gozar de los tiernos y sosegados placeres que produce la unión con el amado.

Cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Admira que estos poemas hayan sido pensados y escritos en una época, tal vez la más amarga que haya vivido San Juan, el pequeño fraile carmelita, el querido *Senequita* de Santa Teresa. Fueron días de dolor, de injusticia y dura soledad aquéllos en los que San Juan es atormentado, humillado, azotado inmisericordemente por sus hermanos en Cristo, los carmelitas calzados. Encerrado en una celda que antes había sido un excusado, sin ventanas, pues sólo había una rendija a través de la cual un rayo de sol apenas si lograba atenuar la terrible oscuridad de la celda; comido por los piojos, sin ropilla qué cambiarse, convertido en un esqueleto por la dieta de pan y agua y a veces una sardina y sometido a terribles disciplinas, el poeta canta.

Cuenta su biógrafo canónico que “mientras los religiosos comen sentados a la mesa, fray Juan, de rodillas en el suelo y en medio del refectorio, come su ración de pan y agua. Terminada la cena el Superior increpa y reprende ásperamente al descalzo, que oye en silencio, mansamente los graves cargos injuriosos que se le hacen... los viernes, terminada la reprensión, fray Juan desnuda sus espaldas, y el prelado inicia la disciplina circular que continúan en rueda todos los frailes. Dura el recitado de un *Miserere*. Los golpes de las varillas deben ser recios, porque

los frailes lo hacen con rigor, las espaldas de fray Juan manan sangre, porque muchos años después conserváranse mal cerradas las cicatrices de estos latigazos recibidos en Toledo.”

38

Estas citas sirven, por un lado, para ejemplificar lo absurdo y cruel de una Iglesia que olvidada de la moral cristiana y de la caridad, meollo del cristianismo, actúa más guiada por el afán del poder secular que por el espíritu cristiano; por otra parte, nos sirven para ver cómo esta experiencia negativa se sublima en una experiencia poética, que por serlo resulta irrepetible. No es la de San Juan una creación de tipo especular, por el contrario aunque la soledad, oscuridad, dolor y desesperanza subyacen en el poema, estos sentimientos son metamorfoseados por la poesía, que hace que esta experiencia, gracias a un maravilloso raptó, se transforme en un canto de amor y de libertad y así, el alma enfebrecida de amor y al mismo tiempo sosegada, salga en esa oscura noche de la injusticia a la noche de la unión con Dios, es noche, entonces, que es “noche más amable que la alborada”.

Encerrado en la terrible y real oscuridad de una celda, que es para él oscura noche del pesar, esta experiencia objetiva sirve al santo como el disparadero o punto de partida para encontrar una “dichosa ventura”, pues, en última instancia ese dolor, esa oscuridad, propiciarán el encuentro con el amado y olvidada de sí, su alma reposará ya sin penas, sin cuidados, confiadamente, en el amado. Momento en el cual la amada se transforma en el amado.

Hay en el poema una serie de diapasones abiertos o cerrados, que van signando al texto, de modo que en las dos primeras estrofas se canta la exaltación que el alma sufre al salir al encuentro del amado; la frase “oh dichosa ventura” de carácter interjectivo abre el diapasón del verso, y da a toda la estrofa un tono de exaltación gozosa, que en el nivel de la significación se atempera por el hincapié que hace la amada de paz y sosiego, pues nos dice, que sale *sólo* estando su *casa sosegada* verso en el que, la frase *casa sosegada* nos remite a un mundo de connotaciones de estabilidad, paz, silencio, descanso, pues, como dice Jorge Guillén en *Lenguaje y poesía*, es “una ventura con aventura, con arrojo pero sin desorden... la salida nocturna se apoya en ese sosiego seguro, que se abre hacia el amor sin más luz que la luz del corazón”. Este hacer hincapié en la intuición o en el *corazón*, como la más propicia o la única fórmula para acceder a este complejo conocimiento del amor de Dios, se explicita en una carta que San Juan de la Cruz escribe en 1589 a la monja María de Jesús, hija de confesión del fraile “dichoso escondrijo del corazón que tiene tanto valor que lo sujeta todo, luz tan iluminadora la de esta noche oscura que la hace más amable que la alborada”.

San Juan al subrayar la paradoja, nunca la única en su sistema poético, entre oscuridad y luz, una noche que ilumina más que la luz naciente; una música callada, que es más música que cualquier otra; un silencio sonoro que hace resonar más voces y sonidos que cualquier música, marcan la ruptura que se da entre el lenguaje de la vida cotidiana y el lenguaje poético que aspira a acceder al meollo mismo de las cosas, a su verdad última.

Expresión de exaltación amorosa es el feliz momento del encuentro con el amado. La canción v, cuyo carácter emocional está dado por una serie de oraciones interjectivas, posee una fuerza real de congenialidad y esto sólo se logra cuando

hay una articulación orgánica en la secuencia del discurso amoroso, de manera tal, que pierde el carácter retórico y epidérmico que en muchas ocasiones la poesía amorosa y la de devoción suelen tener. En el caso de la poesía de San Juan de la Cruz nada es retórico; tímbricamente, estos versos subrayan un ápice sonoro y emocional que luego, alcanzada la unión con el amado, van cerrando el diapasón en un *diminuendo* verdaderamente excepcional, que se cierra con los últimos versos de la canción:

Cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Palabras, ritmos, cadencias; significación y connotación, todo se articula en un universo perfecto del cual se gozan el santo, el poeta y el otro que somos nosotros todos, y que gracias a la poesía de San Juan de la Cruz intentamos alcanzar la otra orilla: la del poeta, la de Dios.

Puede ser sugerente notar como, a diferencia del discurso amoroso profano, en el que se presentan como sus funciones sustanciales el discurso del amante —el que ama, y el amado— el que se deja amar. En el discurso de San Juan de la Cruz, esta dualidad se rompe y hay una única función: el amado, puesto que el hombre, en este caso el poeta, ama a Dios, como Dios ama a su criatura. Hay en esta relación un maravilloso juego de gentilezas amorosas, amado y amada forman una sola manera de la experiencia amorosa y de allí ese verso que cierra la canción v:

Amada en el Amado transformada.

En el discurso amoroso místico, la parte negativa del discurso amoroso profano: el desencanto, la traición, el odio y la pérdida del amor no se dan, puesto que la amada —el alma del poeta— a veces puede perder la senda, extraviar el camino para ir al encuentro del amado mientras busca en todos los lugares y sufrir con ello, pero tales emociones dolorosas, no son por desamor del amado sino porque el alma ha perdido la senda:

¿A dónde te escondiste
amado, y me dexaste con gemido?

Como el ciervo huiste,
habiéndome herido
salí tras de tí clamando y eras ido.

El alma busca a su amado recorriendo senderos a veces difíciles, pero donde lo busca, siempre encuentra los rastros de su hermosura:

Mil gracias derramando
pasó por estos setos con presura

y yéndolos mirando
 con sólo su figura
 vestidos los dexó de hermosura.

Estas canciones que forman parte del *Cántico espiritual* son muestra patente del poder liberador de la poesía cuyo motor fundamental, en el caso de San Juan, es el amor irrestricto, fascinado y fascinante a Dios.

No hay cárceles, no hay miserias, envidias, enojos, disciplinas terribles o hambre y soledad que no puedan ser trascendidos por la fuerza de ese amor que se expresa a través de símbolos, imágenes y metáforas que no han perdido a cuatro siglos de distancia su poder de reviviscencia y su belleza. Encerrado y sin luz, su alma escapa en alas de la palabra poética, a fin de ir al encuentro de su amado para decir plenamente y sin retórica:

Gocémonos amado,
 y vámonos a ver tu hermosura
 al monte u al collado
 do mana el agua pura;...

El uso del plural no es por accidente, en la experiencia mística del santo y poeta, el sentimiento amoroso es correspondido, participan ambos; no hay ejercicio vano del poder, el amado goza tanto de su criatura, como ella de él.

Dice William James, en su clásico libro *Las variedades de la experiencia religiosa*, que la inefabilidad es una de las constantes del discurso místico y que sólo por aproximación se puede comunicar esa experiencia. Siglos atrás y con la claridad que da la intuición, San Juan había dicho: "lo espiritual excede al sentido y con dificultad se dice algo de la sustancia si no es con entrañable espíritu y así comentando la estrofa 3 de *Llama*... "¡Oh lámparas de fuego!" dice: "Todo lo que se puede en esta canción decir, es menos de lo que hay, porque la transformación del alma en Dios es indecible".

Siendo indecible, el poeta encuentra tal vez el único camino: el de la poesía, a la cual la experiencia amorosa y la religiosa están tan ligadas; por ello llega a nosotros su voz de santo-poeta, sugerente, evocadora, más rica, cuanto menos contaminada de expresiones discursivas. Nos fascina el poeta, que a veces deja oír la voz del teólogo cuando nos dice:

Entréme donde no supe
 y quedéme no sabiendo
 toda ciencia trascendiendo

Pero la perfección llega cuando el poeta canta, uniendo iluminación, percepción e intuición:

Vivo sin vivir en mí
 y de tal manera espero
 que muero porque no muero.